

El Intelectual y la Política

EL intelectual, más concretamente el individuo dedicado a la libre especulación en el concepto occidental moderno, ¿es un ser anacrónico?" A esta pregunta respondió de modo pesimista el historiador estadounidense H. Stuart Hughes, influido en buena parte por el clima regresivo que se operó en su país a la muerte de Roosevelt. A partir de su posición, un intelectual argentino que conoce bien la cultura de América así como su realidad político-social y la concomitancia de ambos aspectos, el profesor Sergio Bagú, ha aplicado la pregunta a la situación del intelectual argentino y latinoamericano en general.

Parte de la comprensión que en los grandes centros de la cultura está padeciendo la actividad intelectual libre y que desde hace muchos años viene siendo denunciada en forma alarmante. Bastaría para diagnosticar este problema las palabras de Einstein en 1954: "Si yo fuera nuevamente joven y tuviera que decidir cómo ganarme la vida, no trataría de ser hombre de ciencia, ni erudito, ni maestro. Preferiría, más bien, ser plomero o vendedor ambulante, con la esperanza de encontrar ese modesto grado de independencia que aún existe en las circunstancias actuales". Pero, a pesar de las enormes diferencias entre esos centros intelectuales del mundo y la situación en la periferia de la cultura que corresponde a nuestros países, Sergio Bagú no ignora el entrecruzamiento mundial de los problemas, sin contar con que escribe en un país que conoció el régimen peronista, con que escribe para países inestables que en cualquier momento pueden pasar por idiosyncráticos semejantes.

En su libro (1) que presenta como "una cordial invitación a la polémica" establece metódicamente las bases del problema y adelanta sugerencias que pueden aplicarse indistintamente a las dos riberas del Para.

DE LA POLITICA A LA ESPECIALIZACION INTELECTUAL.

El intelectual rioplatense fue pieza activa de la vida institucional a lo largo del siglo XIX. No tanto en cuanto intelectual como en cuanto ciudadano capacitado, y si en el Uruguay no hubo escritores que ocuparan la presidencia (Sarmiento en la Argentina) su zón no se cumplió nunca al margen de la vida política (Magariños Cervantes, Z. Azevedo, Díaz, J. Larilla de San Martín, etc.). Pero con el modernismo se opera una torcedura fundamental en esta situación por la cual los intelectuales se distancian de la política activa.

Como bien señala Bagú es el torrente migratorio de fines del XIX el que ayuda a consolidar la vida institucional y el que, al permitir la diversificación profesional, aleja al intelectual de la acción política. Sigue afiliado a un partido y hasta actúa en el Parlamento, pero la verdadera conducción del país reierte a otro profesional que apareció en esta diversificación de tareas: el político.

Esta situación divergente se ha agudizado al pasar de los años y ha creado nuevas complicaciones para el intelectual en la medida en que el estado asume nuevas funciones de la vida pública, afectando así a quienes se habían alejado de la acción política, subordinándolos a sus necesidades y directivas. El movimiento latinoamericano de universidades autónomas que cobró magnitud en nuestro siglo puede filiar-se en esta lucha del intelectual para establecer un coto de acción liberado de la intervención político-social dominante donde pudieran operar esas condiciones de libre especulación que permiten el mejor desarrollo de la inteligencia.

No se trata solamente del peso de un estado totalitario construyendo la labor libre de sus intelectuales, ni de la absorción con fines prácticos inmediatos de la capacidad intelectual por parte de los estados que dirigen los negocios mundiales. Entre los países americanos subdesarrollados es más frecuente el desdén por la pura obra intelectual, la falta de apoyo a su tarea cuando esta exige instrumental y materiales fuera de sus posibilidades (laboratorios, bibliotecas, institutos, etc.), o cuando exige un tiempo de dedicación que el intelectual debe emplear en tareas destinadas a su sobrevivencia. (Sin contar que algunas actividades al parecer colaterales —la docencia, el periodismo— se han revelado trituradoras de las mejores capacidades).

RESUMEN DEL ESTADO

El anverso de este problema, indica Bagú, está representado por la actitud de desinterés por parte del estado y, más generalmente, por la sociedad toda, hacia la labor intelectual. Incluso la publicidad sensacionalista de algunos recientes inventos (los satélites artificiales) ha creado un clima respetuoso acerca de los adelantos técnicos, sin que se hubiera pensado que derivan de los hallazgos de la libre especulación científica. En otra zona de la actividad in-



Sergio Bagú

telectual no hay por qué insistir en que un hermoso libro de poesía pasa inadvertido, y que aún los mejores lectores no atinan a comprender su rica significación espiritual.

Bagú insiste en señalar que "la especulación teórica sin alcance práctico inmediato, la creación de valor cultural y la obra de elevado contenido estético satisfacen necesidades de índole social de la mayor trascendencia", encontrándose aquí con las palabras que pronunciara Emilio Oribe en su Discurso de Ginebra, donde exhortara tesoneramente a las nuevas generaciones americanas a liberarse de la fijación obsesiva sobre la acción inmediata y práctica, para encarar esta acción ideológica tradicional cuya efectividad real y concreta es a la postre, afirmada, más rica y permanente.

El ejemplo de los Estados Unidos (denunciado por Francisco Ayala en su libro), donde la absorción de las capacidades intelectuales por los grandes centros industriales a los efectos de una aplicación inmediata, terminó por provocar un empobrecimiento intelectual, incluso en su faz técnica, ha dado nuevos argumentos a quienes sostienen la necesidad de conservar y acrecentar la libertad absoluta de especulación. Y también lo es la constante lucha para dotar de más tiempo libre a los docentes con el fin de que puedan consagrarse, paralelamente a sus cursos, a una labor de investigación personal desinteresada.

"Si un estado se propone prescindir de la creación cultural de ese tipo por tiempo indeterminado —dice justísimamente Bagú— tendrá que volver sobre sus pasos irremediablemente, o se precipitará en la esterilidad y perderá su rango entre los otros estados".

LAS CULPAS DEL INTELECTUAL

Pero también es culpable el intelectual de la situación a que se enfrenta,

dado que no parece haber comprendido aún que el mundo nuevo en que actúa exige conocimientos y técnicas nuevas. Bagú enumera y caracteriza algunos de los "déficit" más marcados del intelectual de hoy.

En primer término el riesgo, cada vez más notorio, de la excluyente especialización. Esta es una obligación que impone la complejidad y diversificación de la cultura contemporánea pero si por un lado se ha presentado como una ventaja, una promesa de mayor eficiencia, por otro lado se ha revelado peligrosa porque incapacita para la comprensión de ese fenómeno tan íntimamente tramado que es la civilización. Si hay algo evidente hoy es la interrelación de las distintas disciplinas y el reconocimiento de que el solo conocimiento de una parte de la realidad no basta para entender no digamos esa realidad sino incluso el campo restricto que se ha elegido dentro de ella.

"Un profesor de literatura que no es capaz de relacionar la aparición de Mariano Azuela y Virro Alegria con ciertas horas transformaciones sociales y ciertos básicos replanteamientos políticos, no es más que un técnico, a su manera tan mope como el ingeniero especializado en válvulas cuyos únicos conocimientos accesorios en la vida son el motor de su automóvil y la tabla de posiciones del campeonato de baseball".

El riesgo de la especialización se hace más notorio cuando se agrega al intelectual una falta de formación política en el sentido moderno y amplio del término. Porque una cosa es negarse a los intereses bastardos de la acción política menuda y otra ignorar su importancia y su peso en el orden de la vida social. Bagú ataca en particular el puritanismo estéril del intelectual que cree posible realizar una obra al margen de toda implicación política, y dice con frase feliz: "La política, con ser menuda y turbia a menudo, no lo es más que el propio oficio de vivir".

No significa proponer una simple definición partidaria, sino colocar al intelectual en el medio en que actúa, hacerlo consciente de la repercusión social de su trabajo, de sus obligaciones para con la sociedad particular en que se desarrolla y para la civilización a que pertenece, porque en esos órdenes la política arrastra siempre situaciones y problemas de cuya resolución depende la vida peculiar del intelectual, amén de su vida como ciudadano.

De ahí también que se se pueda hacer responsable de un déficit organizativo "en el doble aspecto de lo técnico-cultural y de lo gremial", para lo cual deben deslindarse dos aspectos de su acción: el creativo que puede exigirse un aislamiento beneficioso, y aquel colateral en que las necesidades de su trabajo imponen una colaboración igualmente beneficiosa con colegas o con el medio a que pertenece. Y esta colaboración debe entenderse en el más amplio registro: para defender intereses gremiales, para obtener instrumentos de trabajo comunes, en fin, para tomar contacto verdadero con la sociedad en que vive como elemento neto que queda constante.

LAS IDEAS Y LA HETERODOXIA

Se le ha reprochado muchas veces al intelectual de hoy, y entre nosotros es bastante visible, un reducido bagaje ideológico. La escuela, el liberalismo, los principios comunes de la convivencia, parecen abastecer el repertorio empobrecido de muchos escritores y estudiosos. Y hasta cíclicamente padecemos grado que pretendo enervarse en el mundo de la cultura y cree que una ilusoria y mítica tradición nacional es suficiente para nuestro desarrollo. Muchos, demasiados intelectuales nuestros viven aún en un fantasmagórico siglo XIX, sin haberse enterado de las radicales transformaciones ideológicas que se han producido y siguen produciéndose, y es eso lo que más ha vulnerado la seriedad de nuestro esfuerzo.

Decía H. J. Eshbach, el físico hindú, en un discurso en la Universidad de Columbia: "Es para nosotros necesario, por sobre todas las cosas, no temer las ideas. El temor a las ideas ha conducido en el pasado, y aún conduce, a excesos mayores que los producidos por el temor al poder físico del enemigo. La norma de la investigación y de la razón exige de nosotros que no temamos ninguna idea, sino que la consideremos desapasionadamente, aunque esto implique la desaprobación de la sociedad, la pérdida de nuestro trabajo".